

dad donde nació el 16 de septiembre de 1928. Era hijo único de Miguel Catalán, un prestigioso científico aragonés cuyo descubrimiento de los multipletes llevó a los investigadores de la Unión Astrofísica Internacional a ponerle su nombre a un cráter de la Luna, y de Jimena Menéndez-Pidal, fundadora en 1940 del Colegio Estudio, centro educativo que intentó ya en la más inmediata posguerra conservar el espíritu liberal y crítico de la Institución Libre de Enseñanza. Diego Catalán se formó en un ambiente excepcional pues, junto a sus padres, vivió en la casa de sus abuelos maternos, Ramón Menéndez Pidal, el mayor filólogo español de todos los tiempos, y María Goyri, una de las primeras mujeres universitarias españolas. De hecho, Diego Catalán fue el principal continuador de las variadas líneas de investigación que ocuparon a su ilustre abuelo durante décadas: la historia de la lengua, la dialectología, la literatura oral y la historiografía medieval. Ahora bien, esta continuación de las áreas de investigación de Menéndez Pidal no fue acompañada de un seguidismo pasivo y acrítico de las tesis de Don Ramón; así, sirvan como ejemplo la aplicación del estructuralismo en los estudios de dialectología o la “desmitificación” del descubrimiento, en 1900, de la vitalidad del romancero tradicional en Castilla, por sus abuelos maternos durante el viaje de novios que ambos emprendieron por la ruta del *Poema del Mío Cid*.

En el ámbito de la dialectología centró sus esfuerzos, por un lado, en el estudio de las hablas del asturiano (de hecho, el primer trabajo que publicó Diego Catalán, en 1947 y junto a su primo Álvaro Galmés, estaba dedicado a esta lengua). Estos imprescindibles artículos sobre diversos aspectos del asturiano fueron reunidos y actualizados (Diego Catalán revisaba siempre profundamente sus trabajos cuando procedía a su reedición) en el libro *Las lenguas circunvecinas del castellano* (1989). Por otro lado, también se ocupó de la fonética meridional, cuyos trabajos fueron reeditados en el libro *El español. Orígenes de su diversidad* (1989); destacan aquí su artículo sobre la estructura silábica del español y su propuesta de división de la lengua española en dos grandes normas: la peninsular y la atlántica, que integraría Andalucía occidental, Canarias y América. En lo referente a la historia de la lengua, editó en 2005 la extensa e inconclusa *Historia de la lengua española* de Ramón Menéndez Pidal, obra en la que su abuelo materno tan sólo pudo dar cuenta de la vida de la lengua española hasta el siglo XVIII.

A partir de los años 60, Diego Catalán se dedicó, fundamentalmente, a la historiografía medieval y a la poesía narrativa tradicional. En la siempre difícil y laboriosa investigación sobre las obras historiográficas de la Edad Media partió del principio de no confundir texto con testimonio, gracias al cual pudo atribuir lo que era propio de obras ya conocidas, así como descubrir otras desconocidas hasta el momento. Así, publicó, ligadas a la cronística relativa a Alfonso XI, *La tradición manuscrita de la Crónica de Alfonso XI* (1974) y la *Gran crónica* (1976). Este trabajo vio la luz en la colección “Fuentes cronísticas de la Historia de España” del Instituto Universitario Interfacultativo “Seminario Menéndez Pidal” de la Universidad Complutense, centro que dirigió durante varias décadas. En esta misma serie editó la *Crónica de 1344* (1970) y la *Crónica de Rasis* (1974), así como dos trabajos fundamentales sobre la principal obra de la historiografía medieval hispánica, la *Estoria de España* de Alfonso X, y los textos de ella derivados en los siglos XIII, XIV y XV: *La Estoria de España de Alfonso X. Creación y evolución* (1992) y *De la silva textual al taller historiográfico alfonsí* (1997). Ya jubilado, Diego Catalán publicó un libro relativo a la historiografía medieval del Reino de Aragón: “*Rodericus*” *romanzado en los reinos de Aragón, Castilla y Navarra* (2005), en el que ofrece una visión totalmente renovada sobre textos como la *Crónica de San Juan de la Peña*.

En lo referente a la literatura de tradición oral, Catalán se ocupó de dos géneros: la épica y el romancero. En sus trabajos sobre la épica medieval deben destacarse las ediciones de obras inéditas de Ramón Menéndez Pidal como las *Reliquias de la poesía española* (1980) y la *Historia de la épica española* (1992), y, muy especialmente, *La épica española. Nueva documentación y nueva evaluación* (2001), obra resultado de más de cinco décadas de investigación en la literatura tradicional escrita, la historiografía medieval, y oral, el cantar épico y el romance.

En el ámbito del romancero, podemos afirmar que todos los investigadores actuales de este género literario oral han sido sus discípulos directos o discípulos de sus discípulos. Durante más de cincuenta años dedicó a este tipo de poesía innumerables publicaciones individuales o colectivas, organizó reuniones científicas, así como animó a la realización de encuestas en tierras de Portugal y España, y creó el Archivo Sonoro del Romancero (A.S.O.R.), con el fin de conservar los materiales obtenidos en las campañas organizadas desde finales de los 70 por el Seminario Menéndez Pidal. Este archivo fue creado para complementar el Archivo del Romancero reunido durante décadas por Ramón Menéndez Pidal y que le fue legado por su abuelo. En este junto a sus fondos antiguos (documentados entre los siglos XV-XVII), se encuentran textos recogidos por el propio Don Ramón o facilitados por colaboradores y corresponsales que los habían recolectado de la tradición oral de los diversos países de lenguas ibero-románicas durante el siglo XIX hasta la muerte de Menéndez Pidal en 1968. Muy probablemente, este archivo sea el mayor *corpus*, por sus fondos antiguos y modernos, de un género literario oral de Occidente y a él le dedicó Diego Catalán su último gran trabajo sobre el romancero: *El Archivo del Romancero. Patrimonio de la Humanidad* (2000). Antes le precedieron unos cuarenta trabajos, la gran mayoría agrupados en cuatro libros: *Siete siglos de romancero* (1969), *Por campos del romancero* (1970), y los dos volúmenes del *Arte poética del romancero oral I* (1997 y 1998); además dirigió o coordinó los doce tomos del *Romancero Tradicional de las Lenguas Hispánicas* (1957-1985), las actas de los primeros cinco congresos internacionales dedicados al romancero (1972-1994), o la edición de los romanceros regionales de las Canarias, Castilla-León, León, Segovia, Extremadura o Galicia (1969-1998).

Este ingente número de publicaciones sobre el romancero de tradición oral demuestra el interés por dar continuidad a uno de los más queridos temas de investigación al que se dedicaron sus abuelos. Diego Catalán supo renovar este campo de estudio incorporando a las teorías de Menéndez Pidal las aportaciones de estudiosos extranjeros como el francés Paul Bénichou, la norteamericana Ruth Weber o el italiano Cesare Segre; precisamente la obra de este último *Le strutture e il tempo* (1974) sirvió como modelo para la elaboración por parte del Seminario Menéndez Pidal de

los tres volúmenes del *Catálogo General del Romancero* (1984-1988). De este modo, Diego Catalán subrayó la tradicionalidad del romancero oral moderno, ya propuesta por Don Ramón, alejándose, pues, de concepciones “arqueológicas” del género, que se interesaban por esta poesía como pervivencias de los antiguos “monumentos” de la poesía épica medieval. Diego Catalán nos recordó que antes de la invención de la imprenta los textos literarios, ya fuesen escritos u orales, eran tradicionales, es decir, estaban abiertos tanto en la forma o expresión como en el significado o contenido; a partir del invento de Gutenberg el texto literario escrito fue perdiendo progresivamente la apertura en el nivel de la expresión, y tan sólo la literatura oral de carácter tradicional fue capaz de conservar la doble apertura, gracias a la cual los textos podían ser modificados en su forma o en su contenido por quien lo considerase conveniente, modificación que con posterioridad podía ser admitida o rechazada por la comunidad en que se comunicaba el texto. De esta manera, Diego Catalán reivindicó el carácter creativo, artístico, literario de la poesía narrativa tradicional transmitida secularmente por las clases populares de los países ibero-románicos, en medio de la indiferencia y, en ocasiones, de la hostilidad, de los ámbitos “cultos” o universitarios para los cuales la única literatura existente es la literatura burguesa o de autor. Asimismo, Catalán diferenció magistralmente el romancero tradicional del romancero vulgar o de ciego, dos géneros poéticos narrativos orales que, a veces, llegan a interferirse, pero que presentan evidentes diferencias estéticas e ideológicas ya que el romance de ciego carece de la doble apertura del romance tradicional. Así pues, este tipo de romance no sería propiamente una poesía “popular”, sino una poesía popularizada, creada en las ciudades por autores letrados y destinada para las clases populares, urbanas o rurales.

Respecto a la ideología de Diego Catalán, debemos indicar que como continuador del espíritu de la Institución Libre de Enseñanza, era un hombre de ideas progresistas, incluso de extrema izquierda, cuya visión de España estaba muy alejada de posiciones centralistas, que serían de esperar de un madrileño formado en el franquismo de la posguerra y nieto de Menéndez Pidal, uno de los grandes teóricos de la concepción castellanocéntrica de España.¹ Diego Catalán sabía que las naciones, con estado o sin él, eran invenciones y que España era mucho más que Castilla y la lengua castellana. Sirva como prueba de ello su *Lingüística ibero-románica* (1974), historia de la lingüística ibérica desde el siglo XIX hasta 1970, en donde evidenciaba conocer tan bien los estudios sobre la lengua castellana como sobre las demás lenguas ibero-románicas. Asimismo, Diego Catalán sentía un gran afecto por Portugal y por Brasil; de hecho, su primer trabajo sobre el romancero, publicado en lengua portuguesa en 1948, estaba dedicado al romancero de Portugal y mantuvo una gran amistad con dos de los grandes filólogos de la lengua lusitana de la segunda mitad del siglo XX: el portugués Luís F. Lindley Cintra y el brasileño Celso Cunha. Por todo ello, es pena que Diego Catalán con su autoridad científica no participase públicamente en los debates sobre las relaciones entre España y Portugal y, muy especialmente, sobre la diversidad cultural y lingüística de la que él denominaba la Nueva España, la España de las autonomías posfranquista.

En el aspecto humano Diego Catalán era una persona simpática y cordial, cariñosa incluso con aquellos que tuvimos la fortuna de formarnos con él y con el magnífico equipo de investigadores vinculados al Seminario Menéndez Pidal a partir de finales de los 70. Físicamente destacaba su altura y el gran parecido con su abuelo materno. De éste, como de su padre, Miguel Catalán, había heredado el gusto por la naturaleza y por la austeridad, incluso en el vestir: Diego rara vez usaba ropa de abrigo y desconocía el uso del paraguas. Su impresionante cultura superaba con mucho el ámbito de la filología y siempre estaba abierto a todo tipo de conocimiento, incluidas las

1. José Ignacio Pérez Pascual, profesor de filología española en la Universidade da Coruña, ofrece en su biografía de Menéndez Pidal una visión más progresista y menos castellanista del gran filólogo español, sobre todo en lo referente a la lengua catalana: *Ramón Menéndez Pidal. Ciencia y pasión*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1997.

novedades tecnológicas; de hecho, en la Universidad de California inició un proyecto informático para estudiar la lengua del romancero y en los últimos meses publicaba pequeños estudios sobre romances tradicionales en su blog *cuestadelzarzal*. Su capacidad de trabajo era impresionante (“Descanso trabajando”, afirmaba) y era capaz de concentrarse profundamente en cualquier lugar; de hecho, carecía de despacho estable y de mesa fija en el Seminario Menéndez Pidal, del que era director. Por todo ello, Diego era una persona muy singular, de una personalidad y un carisma muy poderosos.

Diego Catalán fue profesor universitario en Alemania y en las universidades norteamericanas de Winsconsin y de California. En este país llegó incluso a ser uno de los dos españoles, junto a José Antonio Maravall, que pertenecían a la *American Academy of Arts & Sciences*. En España fue catedrático de las Universidades de la Laguna y Autónoma de Madrid, así como miembro de la Fundación Menéndez Pidal. Celoso siempre de su tiempo y de su independencia, evitó toda vida académica o mundana que pudiese interferir en sus siempre rigurosos trabajos de investigación; esto explica que sus relaciones con los poderes públicos o privados se limitasen a solicitar ayudas puntuales para determinados proyectos o para la conservación del Archivo de Menéndez Pidal. Esa radical independencia y su falta, real, de interés por crear una estructura académica estable hicieron que aprovecharse unos momentos difíciles de 1999 para disolver al equipo que lo había acompañado durante los lustros anteriores. Asimismo, en los últimos años se enfrentó con las instituciones privadas y públicas relacionadas con los fondos de Menéndez Pidal y con la casa de Don Ramón, en donde se conservaban, lo cual le llevó a pedir apoyos y solidaridad desde su página web.

Aunque Diego afirmase recientemente: «No reconozco a nadie como discípulo mío. No soy un cristiano de la Ciencia filológica. Como los beduinos siembro de paso y levanto mi tienda», lo cierto es que, *malgré lui*, creó una escuela, descrita acertadamente por el catedrático y escritor vasco Jon Juaristi en sus memorias (*Cambio de destino*, Barcelona, Seix Barral, 2006, p. 342): «En la universidad española fue siempre un raro, con fama de *hippie*, al que no se acercaban los alumnos trepas porque Diego era inmune al pelotilleo, no hacía distinciones entre su gente y jamás movió un dedo por la promoción profesional de uno de ellos. Creó escuela a su pesar, pero es una escuela dispersa y relajada, sin estructuras departamentales de poder y mafias, impotente para apañar trincas. (...) Haber trabajado con Diego, haberse formado en sus seminarios silvestres, constituye un privilegio por el que hay que pagar ciertos gajes: el primero, tu marginalidad perpetua en el gremio de la Filología. Jamás entrarás en la Academia, ni falta que hace. Todos sus discípulos nos sabemos pertenecientes a una aristocracia secreta.»